

y apunta a una posible interpretación analógica del conflicto de la obra con la situación social y política del momento. Referencias a las monografías de donde el autor ha extraído opiniones encontradas sobre la obra de Torrado cierran este estudio.

Emilio de Miguel Martínez, de la Universidad de Salamanca, se encarga de introducir críticamente *Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario*. Su reconocida dedicación a la obra de Mihura le permite afirmar que la pieza que este firma con Antonio de Lara “Tono” es una muestra más de la calidad de ese nuevo Teatro de Humor que el trío Jardiel-Mihura-Tono inauguró en esta primera etapa de posguerra. Recorre De Miguel en sus páginas algunos de los recursos cómicos que llevan la “lógica del absurdo” de este nuevo teatro a extremos insospechados. Y concluye que la perfecta imbricación de humor verbal con humor visual y comicidad de situaciones que se da en *Ni pobre ni rico...* la convierte en una obra “aún viva, rompedora” de formulismos sociales y amablemente “desconcertante” (394).

La última obra editada en este tomo, *Hotel Terminus*, del cosmopolita Claudio de la Torre, aparece presentada por Jesús Rubio Jiménez, de la Universidad de Zaragoza. También en pocas líneas es capaz este estudioso de definir el alcance y significado de la pieza. El simbólico espacio –el hotel de una estación, lugar de paso y de desarraigo, en una ciudad cualquiera de Europa en guerra–, el personaje colectivo que huye del horror –concretado en las pequeñas historias que pasan por las habitaciones del hotel– y un argumento que se corta súbitamente por la destrucción y la desolación –una bomba que cae en el hotel– son desglosados hábilmente por Rubio Jiménez, que también se aventura a interpretar el enigmático *Epílogo de la obra* y su ambiguo mensaje de esperanza.

Las aportaciones críticas de estos autores habrían agradecido, quizás, un poco más de espacio para desarrollar algunos otros aspectos que sin duda requieren más atención. Baste, sin embargo, acabar insistiendo en el acierto que ha supuesto esta iniciativa de crítica, crónica y edición para el desarrollo de los estudios sobre el teatro español de posguerra. Esperemos que pronto vean la luz todos los volúmenes que los profesores García Ruiz y Torres Nebrera han proyectado.

Inés Olza Moreno
Universidad de Navarra

PIÑOL, Mar Cruz. *Enseñar español en la era de Internet: la www y la enseñanza del español como lengua extranjera: recursos*. Barcelona: Octaedro, 2002. 173 pp. (ISBN: 84-8063-556-8)

En *Enseñar español en la era de Internet*, Piñol expone y reflexiona sobre lo que es la Internet aplicada a la enseñanza de lenguas, y en concreto del español, y explica las diferentes posibilidades que Internet ofrece para destrezas como la comprensión lectora o la escritura. Piñol no intenta superponer el uso de Internet a otros medios de enseñanza en la clase sino que se limita a presentar los recursos existentes en ella

y comentar su utilidad para la enseñanza del español. Es más, en todo momento, la autora recuerda que para poder sacar provecho de Internet es necesaria la constante presencia del profesor para guiar al estudiante en el aprendizaje de la lengua. Una nota de atención a los lectores de este libro es que hay que recordar que este libro fue impreso en 2002, y que desde entonces se ha seguido investigando en el uso de la tecnología: en concreto, el uso del correo electrónico y de los “chats” en la clases, y que los resultados de esas investigaciones posteriores, por supuesto, no aparecen reflejadas en este libro.

El libro está dividido en dos partes, una primera en la que se habla de lo que es Internet en general, el medio, los hipertextos, los enlaces y cómo sacar provecho de todas estas características para ampliar el conocimiento, y una segunda parte en la que se da información sobre diferentes websites para los profesores de lenguas. Dentro de la primera parte, se incluyen varios capítulos en los que se describen las características de Internet, la diferencia entre los multimedia y los hipertextos y las posibilidades de lectura y escritura a través de Internet, sea por correo electrónico o por los “chats”. Estos tres capítulos también siguen pautas similares ya que empiezan con una descripción general de cada recurso, aplicaciones de estos recursos a la enseñanza e investigación y revisiones de algunos estudios en segundas lenguas.

Piñol comienza su presentación de Internet explicando las diferencias entre ésta y otros medios de enseñanza más tradicionales en la clase. Así, primero presenta el nuevo contexto de Internet como un código de transmisión de información que se distingue de un medio más tradicional como el libro por el uso de los hiperenlaces. En este sentido, recuerda la diferencia entre la lectura hipertextual y la lectura lineal. Muy sabiamente, Piñol nos recuerda que no se puede tratar un hipertexto como si fuera un texto. Sin embargo, no los presenta como opuestos sino como complementarios y señala cómo cada cual tiene su lugar y su espacio en el mundo del conocimiento que se transmite a través de la palabra, sea en forma de texto en un libro o en forma de hipertexto en el ordenador. Y puesto que son diferentes, el autor del hipertexto tiene que conocer y entender las posibilidades y los nuevos códigos pedagógicos de este medio, tales como la interacción entre el usuario y el ordenador, y entre usuario y usuario a través del ordenador o las posibilidades de los enlaces (internos, externos, estructurales, etc.). Pero, como Piñol sugiere, no hay que perderse en los aspectos técnicos de Internet y no hay que olvidar que el ordenador es un utensilio para ejercitar las “destrezas” o “competencias” que se quieran desarrollar. De ahí la necesidad de crear materiales didácticos que incorporen los recursos hipertextuales sin convertirse en una mera copia de lo que se puede presentar en papel.

Es interesante también la distinción que hace entre los multimedia, el uso de distintos medios para la enseñanza, y los hipermedios, el uso del hipertexto y los multimedia, y cómo los hipermedios ofrecen recursos especialmente para la comprensión lectora. En este último, Piñol da un detallado análisis de las cualidades de hipermedios útiles tanto desde el punto del lector como del escritor de hiperme-

dios. Aquí también se hace un repaso de distintos estudios relacionados con la enseñanza de humanidades, educación a distancia y en particular a la enseñanza de segundas lenguas. Al igual que hizo en el caso de la lectura hipertextual y la lectura lineal, Piñol recuerda que no se puede usar el hipertexto como una réplica del texto tradicional sino que hay que saber usar sus cualidades para un mejor aprovechamiento del medio.

Finalmente, en el último capítulo de la primera parte, Piñol se centra en el discurso electrónico que se crea tanto en el correo electrónico como en los “chats”. Recuerda que el discurso electrónico comparte rasgos de la conversación oral y rasgos de la comunicación escrita y que además tiene rasgos particulares propios del medio. Piñol revisa el trabajo de Trench (1998), en una escuela en Nueva York, y de González Bueno (1998) con estudiantes universitarios en Lousiana, y un trabajo en el que ella misma participó en Barcelona en 1998, para demostrar cómo el correo electrónico promueve el aprendizaje de los estudiantes de lenguas. A través del análisis de estos estudios, Piñol presenta la manera en que este medio de comunicación favorece la participación de los estudiantes, la organización espacio-temporal y la cantidad y calidad de los contenidos de los mensajes de los estudiantes. Menos espacio se dedica a la comunicación sincrónica, comunicación entre dos o más personas en tiempo real a través del ordenador y que, a diferencia de los correos electrónicos, se asemeja más a la conversación cara a cara.

Como Piñol dice, la comunicación sincrónica ayuda a la descentralización del papel del profesor, pero como contrapunto, hace que los estudiantes se fijen más en mantener el hilo de la conversación que en la corrección gramatical. Sin embargo, señala que es necesario conocer las posibilidades de este medio y que quizás sea más adecuado centrarse en el aprendizaje colaborativo y en el uso de la lengua en contextos parecidos a la lengua oral. Quizás debido a iniciales reparos de la autora hacia los “chats” como forma de aprendizaje de una segunda lengua, no les presta tanta atención como debiera. Ella misma reconoce su falta de conocimiento en esta área y, a pesar de las posibilidades de colaboración que ve en el trabajo de Darhower (2000), no investiga otros trabajos en los que se examina la cantidad de lenguaje o la complejidad sintáctica producida por los estudiantes o los trabajos dedicados a la negociación de significado que ya existen antes de 2001 como Pellettieri (1999) o Blake (2000).

Hay que agradecer a Piñol su recolección de direcciones de web para la enseñanza del español en la segunda parte del libro. La autora provee 207 websites que analiza y cataloga usando 143 criterios tales como lengua de instrucción, país de origen, destinatario (profesor o estudiante), enfoque metodológico (estructural, comunicativo o por tareas), materiales complementarios, etc. Después del análisis de las direcciones, Piñol concluye, entre otras cosas, que la mayoría de éstas promueven el aprendizaje autónomo, pero hay una gran presencia de ejercicios de respuesta cerrada, de corte estructuralista, y no se aprovechan los recursos de comunicación entre las personas.

En este libro, Piñol hace una presentación de lo que es Internet y de los beneficios que aporta para el estudio de lenguas, en concreto del español. A pesar de sus explicaciones técnicas sobre textos, hipertextos, multimedia, discurso electrónico, etc, y de haberlas fundamentado en los trabajos de Kramsch (1993), Millán (1998c), Eco (1996), entre otros, Piñol no encuadra el uso de Internet dentro de un marco teórico de adquisición de segundas lenguas. Por ejemplo, la hipótesis de interacción y la teoría sociocultural son las dos grandes teorías bajo las que se encuentra la mayor parte de los estudios en esta área. Piñol hace una vaga referencia a la teoría sociocultural pero en ningún momento se detiene a explicar cómo el uso de los “chats” se enclava dentro de esta teoría. Es posible que las intenciones de Piñol en este libro hayan ido encaminadas más a exponer los aspectos prácticos del uso de Internet que a analizar las teorías de adquisición en las que se encuadran numerosos estudios enfocados al uso de Internet en una segunda lengua. Sin embargo, a pesar de que la falta de un encuadramiento dentro de teorías de adquisición de segunda lengua es un aspecto que el lector tiene que tener en consideración y que debe complementar cuando lea este trabajo, no se debe despreciar los méritos de este libro, que es una gran fuente de referencia para aquellos a los que les interese el uso de la Internet en la clase de lengua.

Enseñar español en la era del Internet no es un libro innovador, pero es un libro en el que se recogen distintos aspectos de Internet y sus aplicaciones a la clase y un libro idóneo para aquellos que se acercan por primera vez al uso de Internet en la enseñanza o para refrescar la memoria a aquellos que la usan frecuentemente de modo que no se anquilosen en viejas prácticas. Piñol compila y organiza información y estudios que pueden servir de asesoramiento tanto a profesores como a investigadores o a aquellos que dedican tiempo a la elaboración de materiales pedagógicos en Internet. Un aspecto interesante es la constante advertencia de Piñol de que el uso de Internet no “es la panacea para el aprendizaje de lenguas” (83). Es más, Piñol repite hasta la saciedad que el uso de Internet no va a suplantar al profesor sino que es un complemento más en la enseñanza del español en la clase. Cuando habla de los hipertextos, de hipermedia o del correo electrónico y los “chats”, insiste en “la importancia del papel del profesor y en el hecho de que es preciso que conozca muy bien la naturaleza de las herramientas que maneja, sus posibilidades y sus limitaciones” (54) y usar los distintos aspectos de Internet para aquello para lo que están mejor diseñados. Esto es un aspecto a agradecer, ya que a menudo nos enfocamos en la tecnología y tendemos a menospreciar la figura del docente.

Ana Oskoz
Universidad de Maryland, Baltimore County, EE.UU.